SUSANA SOCA

EN UN PAIS DE LA MEMORIA

EDICION "LA LICORNE"
MONTEVIDEO

REVISION

TODA antología implica una revisión que no puede hacerse sino en medio de dudas e inquietudes. Pero una antología de libros inéditos amenaza a su autor con una perplejidad que reclama dilucidaciones sin término.

El autor se encuentra en el estado de ánimo de alguien que hubiera quemado sus propios libros y perdido la memoria de los motivos que lo impulsaron a hacerlo, y luego, al azar, hallara fragmentos de esos libros y sintiera la necesidad de verlos editados.

Ante todo predomina una sensación de extrañeza; el autor se encuentra ante una obra arbitrariamente diferida, más que como autor como espectador de las aventuras externas y peripecias interiores que originaron el largo proceso. En mi caso particular, tengo la sensación de haber caminado sobre una cuerda tensa, sin abandonar ni editar. Ese tiempo y esa actitud, por la que el natural deseo de comunicación fuera frecuentemente castigado, pesan sobre el orden actual de los poemas.

Un oficio lento y empecinado en el silencio, adquiere las características del mundo en el cual se desenvuelve. Aquello que parece

inherente a la producción poética, ciertas formas de comparación entre las propias cosas, la noción de su sentido general, toman el aspecto de una planta crecida en lo oscuro con relación a una planta necesitada de la luz. La obra se realiza en un secreto campo y otros climas le aparecen extranjeros.

Reconozco toda obra escrita a partir de 1940 y me responsabilizo de ella. Más aún, los poemas de ese período justifican a los anteriormente escritos y ayudan a definir a los otros realizados ulteriormente.

Antes de esa fecha, casi todo está hecho, por así decir, a pesar de mí. Con caracteres de frecuencia pero también de extemporaneidad. Existía un conflicto con otros aspectos vitales y un deseo absurdo de no ver el problema cara a cara, de escribir y seguir. Un deseo de aclarar otras cosas antes de ver a la poesía como realidad integral, de limitar su dominio en mí hasta sentirme capaz de admitirla. Se trataba de una exigencia que era acaso forma de un descontento sistemático.

Los términos "descontento" y "exigencia" pertenecen al dominio de la lógica, y las vivencias del pasado se niegan a entrar en el molde de las consideraciones posteriores, porque no se reconocen nunca en ellas. Lo que imperaba era el deseo de una exaltación bastante grande para ocultar la ansiedad previa ante la fatiga anuladora que seguiría a esa exaltación, en el instante en que yo hubiera querido desesperadamente seguir escribiendo.

En el tiempo en que leía por primera vez ciertos libros fundamentales, lo hacía fragmentariamente, porque no me decidía a desplazarlos de la biblioteca en que se encontraban y a llevarlos conmigo, a pesar de que yo, en aquellos días era el único visitante y nada me impedía hacerlo. Este dato curioso y absurdo me apa-

rece relacionado con otras dificultades más profundas: una furiosa necesidad de escribir acompañada del temor de hacerlo en momentos en que no me sintiera totalmente llamada a escribir. Y esa angustia era tan cautelosa que no me permitía poseer mesas ni papeles adecuados. Casi todo lo escrito en la primera época se apretaba al margen de diversos cuadernos de apuntes o en alguna hoja rescatada a ellos y de aspecto más o menos ininteligible.

La posición que lógicamente debió ser la mía desde el principio, paradojalmente empieza a serlo durante el período de guerra en que me encontré en París, en un clima de ciudad sitiada, dentro de la cual comunicaba, fuera de las fronteras del idioma, con las personas que más podían decidirme a publicar. Pero desde el punto de vista de la lengua me encontraba en un aislamiento absoluto.

Como lo he dicho alguna vez, en aquel tiempo hallé, al azar, una frase de Turgueniev acerca de la forma en que él se sentía, a lo lejos, sostenido por el formidable poder de su lengua; y me identifiqué con esa frase para aplicarla al mundo hispánico.

Amigos de París me ofrecieron ilustraciones y traducciones, o mejor dicho, transposiciones para los poemas, y habría aceptado con alegría si éstos hubieran sido editados con anterioridad en español. Algo me impulsaba a publicar, por primera vez, con mayor despojamiento y dentro de la órbita natural del idioma.

He querido reunir algunos poemas representativos de tres libros inéditos: Entredichos, Tiempo de volver *y* En un país de la memoria. *Editados a su hora, estos poemas lo hubieran sido conjuntamente con muchos otros que sirven de eslabones entre ellos y, también, entre las tres etapas de producción aquí concentradas.*

La primera parte agrupa algunos de los poemas que hubieron de ser publicados bajo los nombres de Noche y Cruz, Jardines húmedos y otros poemas.

Al hacer la revisión de ese período poético, por primera vez me apareció en su unidad. Era el resultado de una época de contrastes y un estado de conflicto permanente, durante el cual tres voces llamaban hacia tres caminos diferentes. En el orden de lo general, estaba la angustia humana en su más acongojada e inmediata encarnación, la guerra; en el orden de lo particular, existían ciertas cavilaciones de carácter ultraindividual y obsesivo; y, al extremo opuesto de lo uno y lo otro, se insinuaba un llamado a la alegría, a cierto esplendor que llega simultáneamente de personas, cosas, paisajes, a una evasión en los jardines pasados y presentes.

La invasión de lo general era tan grave que, para poder sobrellevarla con cierta vitalidad, había, por momentos, que huir y no sólo hacia una imagen de apaciguamiento. La más sombría ansiedad individual prestaba fuerzas para convivir con la presencia universal de la angustia.

Así como la preocupación religiosa, predominante sobre todas las demás, raras veces se revela de un modo directo, así también los poemas inspirados, aparentemente, por las circunstancias en que se vivía figuran contadas veces en esta revisión. Pero al volver a leerlos comprendí que ninguno escapaba a su destino de expresar algo que era parte de una única realidad.

Las tres voces se mezclaban, argumentaban en un entredicho sin término y, alternativamente, la una, antes de ceder su lugar a la otra, se confundía con ella.

Tiempo de volver *surgió de la confrontación con las cosas cuyas imágenes, durante un largo alejamiento, habían servido de puntos de apoyo para que el pasado no apareciera como pasado, sino como una simultaneidad de vida que lo mantenía presente en la ausencia.*

La segunda y la tercera parte de este libro, están separadas por una crisis acogida por mí como una liberación, pero después de la cual pensé que ya no escribiría. Cuando más tarde pude hacerlo, el panorama interior era otro.

El nombre En un país de la memoria *está dado a modo de evocación. Se trata de un país familiar y perdido, recordado y no presente, un país en el que ya no vivo. La ruptura se produjo en el momento en que la memoria cesó de actuar como personaje central en el drama y de imponer a todos los temas sus específicas formas. En una palabra, aligeró su tiranía dejando en libertad a otras vivencias poéticas para que pudieran ser encaminadas hacia un sentido más general de las cosas. Pero había que empezar de nuevo, reaprender en el vacío los gestos antes naturalmente ejecutados; y los poemas de ese período traducen el asombro ante "una tercera vida".*

Entre las diversas pruebas que aguardan al autor de una antología de poemas inéditos, existe una siempre abrumadora y nunca del todo prevista: la de la corrección. Se trata no sólo de sobrellevar una responsabilidad no asumida a su hora, sino de actualizar el pasado para poder identificarse con él.

La parte formal de la corrección se limita aquí al intento de rechazar al poema hacia sus fronteras naturales. Estaba en presencia de algo terminado en el tiempo e inconcluso siempre, donde la libertad y el orden aparecían arbitrariamente mezclados. Cuando en un poema predominaba cierto orden, he intentado intensificarlo, cuando, por el contrario, predominaba una más libre combinación de palabras, traté de llevarlo hacia ese rigor más secreto que rige la libertad. Y ahí encontré el más grande obstáculo, porque la libertad se ordena a sí misma en el instante de la pasión. Y todo ensayo

posterior de modificar un poema que obedece a sus propias reglas, entraña dudas y desencuentros.

Pero la tentación de apartarse del poema antiguo, al querer corregir, era más temible todavía. Ninguno de los temas aparecía como extraño, y ninguno estaba contenido en lo escrito. Una frase obsesiva pasaba a través de las líneas semiolvidadas, y forzaba al autor a desandar el río del poema en busca de la sensación que le diera origen y en busca del objeto que la provocara; y éste aparecía de nuevo tal como había sido antes de entrar en la palabra, con caracteres de urgencia y de permanencia, e impulsaba a abandonar lo escrito y a empezar otro diálogo.

Del contacto nuevo con los antiguos poemas, surgió Laberinto, *y no sin alivio decidí colocarlo a manera de postfacio porque me pareció destinado a limitar estas aclaraciones. La poesía no explica ni se explica, pero sustituye a la explicación, y deja subsistir en cada poema la esperanza de comunicar algo a alguien.*

Mientras componía Laberinto, *me acompañaba obstinadamente la imagen del mito de Ariadna, encarnada visualmente en una presentación del* Viaje de Teseo *de Gide, vista hace algunos años. Una letra, un sonido, separan en nuestra lengua los nombres de Ariadna y Ariana y del mismo modo me pareció que había entre ellas una relación secreta, un cierto paralelismo constante.*

Y también decidí terminar el libro con Laberinto *cuando creí reconocer, a través del elemento autobiográfico que contiene, y entre algunos aspectos variables de la lucha del poeta con la poesía, otra lucha no menos grande y común a todos: la del pasado con el presente.*

S. S.

(N. de E.). Este libro es el primero de los varios conjuntos de poemas que Susana Soca había reunido para su publicación.

JARDINES HUMEDOS

ROSA DE TODOS

ROSA DE TODOS

SOY el que duerme lejos sin figuras
soy el que apenas sueña que no sueña
y en el declive de las olas vagas
de una niebla que ignoran los caminos
de la memoria, espera
hasta encontrar una segura rosa
hija y madre del día
corona para la paciencia antigua
del que dormía en las abiertas rocas
por donde se despeñan incesantes
iguales formas sin llegar al sueño.

Rosa excesiva la del sueño arde
arde su piel de flor crepuscular
arde como la infancia de la rosa
y la primera rosa de mi infancia
la rosa de alto pie
entre tapias por ella defendidas
se mueve a la distancia como el agua.
Flor sostenida en una mano, vino
como si caminara paso a paso.

Busco la rosa en medio de las rosas
y la mano en mi mano.

Soy el que duerme lejos sin figuras
el que no mira y sin embargo ve
súbitamente la imprevista rosa
del color de sí misma, nada más
rosa de todos que es la rosa mía.
Entre la orilla clara de sus pétalos
y las moradas islas,
empiezan lentos ríos de colores.
Fulge la aguda la amarilla rosa,
la de clavadas puntas en el humo

que nubla los colores de la llama,
la que retiene el oro en la ceniza.
La grave y roja sale de la noche
aligerada en lilas: lentamente
precede a la mañana;
la moribunda viva rosa blanca
se inmoviliza en un jardín de escarcha
y para siempre duramente brilla.

En algún tiempo que los sueños miden
con más rigor que el tiempo de la rosa,
tocan rápidos labios
los encendidos y apagados días.
Ya vuelve la corola dispersada
vuelve a su planta y su raíz de niebla
y en las cenizas de su piel respiro
el aire y la violencia de una rosa
hace un instante abierta.
Salen del sueño apresurados labios
en busca de una flor
y entre la niebla niebla y ya sin aire,
siguen los pasos de una libre flor.

ARBOL DE JUNIO

ARBOL DE JUNIO

EN este árbol encerrado y solo
entre la rama izquierda y la rama derecha
antes de tiempo empieza el áureo río
entre las hojas rápidas y las más lentas hojas
donde el verde ya espera
el oro singular que avecina la púrpura.
Y oculta en la embriaguez de la sustancia
graciosamente subirá la muerte.

En el árbol el árbol
y la cima y declive de un río sin espacio

donde el precoz otoño estrechará al fantasma
de las jóvenes hojas.

En el árbol el árbol.
El boscaje que aparta el chamuscado muro
en la tierra sin aire de la piedra ha crecido.

Junto al follaje nuevo el follaje quemado
no por el breve tiempo sino por la pasión,
el follaje quemado
no por las huellas sino por los pasos
de algún verano que deslumbra y sigue.

En el árbol el árbol.

LUGAR DE DALIA

LUGAR DE DALIA

TARDE llega a mi boca
el olor del verano
en mitad de la noche
un aire que ha guardado
la calidez del día
se filtra entre mis labios,
ya avanzado febrero
y de soslayo
secretamente sube
el olor del verano
en un jardín estrecho
antes ya devastado.

Sin fuentes para mí
cuando ya no sé nada
de la flor que lo envía
seguro río avanza
en mitad de la noche
como un hilo del agua
que es un hilo de olor
angosto río avanza.

Sólo sé que no viene
del árbol de las rectas
lustradas hojas
prontas para las fiestas
del encendido césped
cercanas y secretas.

Algún poder de flor
desde lejos encanta
o es acaso la hierba
crecida y preparada
para el último filtro.
Arde bajo la llama
alta y sin fuego
de la primera dalia.

En la violencia oculta
de las hierbas se agranda
alzada y sostenida
la frente de la dalia
y el lugar donde el canto
en el perfume cava
y antes de alzarse tiembla
es un lugar de dalia.

No se detiene el río
y sin cesar avanza
por donde se consumen
los seres de las lámparas
diestros en la alegría
de una noche que basta.
No se detiene y sigue
por la apagada casa
de las tinieblas.
Sólo sé que nos llama
a la tierra más sola
a una tierra de escasas
quietas vegetaciones
apenas agitadas
por el rigor del viento.

Sólo sé que nos llama
a una secreta tierra
sin llano y sin montaña.
Es una tierra austera
sin nieves y sin brasas,
mortalmente bebía
de sus esencias blandas
mi juventud.
Es tierra mesurada
y sin descanso mide
desmesura y distancia,
contados árboles
apenas la acompañan
a través de lagunas
sin espejos, cerradas;
donde calla y se mira
la que a los suyos habla
en un tiempo sin tiempo
y de pie sin palabras
delante de ella estamos.

Caminan con sigilo
las solapadas ondas
en aire de invernáculo
sobre ríos de aromas

y más fuertes que el día
aquéllas que no ignoran
como golpear al viento
se reparten las horas.

A medianoche
el olor del verano,
me devuelve un camino
de flor en el más largo
río de sus aromas.
Por él yo sigo y ando
hasta tocar la sola
tierra que está a mi lado.

OTOÑO MI JARDIN

OTOÑO MI JARDIN

OTOÑO mi jardín
blanco es el hongo como el jazmín
otoño mi señor
busco tu cara en el color
busco en lo blanco tu nueva cara,
quieta con las lagunas
amenazadas, ardiente y clara
se anula y alza entre las dunas.
Es la cara violenta
del aire apresurado
en la rápida menta,

del aire demorado
en la resina lenta.

Otoño mi señor
ya busco el fuego en tu color
o es solamente color del fuego.
Soñoliento andariego
de bosque en bosque de mar en mar
busco tus nuevos modos
de aparecer y cabalgar
con los otoños todos
sobre las alas de las gaviotas
cercanas y remotas.

Detengo el paso junto a la ría
para que un pájaro beba la fría
lengua del agua y aún no salga
de todos los otoños
en este último si cabalga
aparta el ala de la blancura
y elige el ala oscura.
Color de cuervo el ala aciaga.
Y todos los otoños
en éste que me embriaga
y me defiende de los otoños.

TIEMPO DE VOLVER

BUSCO
EL COLOR DEL MAR

BUSCO EL COLOR DEL MAR

ME quitaron la antigua
presencia que despacio me guardaba
dentro y fuera de mí
han de dejar un ancho y trastornado mundo.

Me quitaron la colina
donde sólo se respira
la flor sin nombre de flor
que el juego de las distancias
abre en el aire violento.
La colina mesurada
mirando al mar desmedido
la que sabe cómo cambia

el color con el instante
sobre las olas lejanas
extendidas en silencio
y como si descansaran.

Ya me he dado a las cosas que nunca fueron mías
cesé de estar en algo antes de estar en todo.
No me quitaron lo que sumergido en mí
recobro palmo a palmo y nuevamente
me niegan y conceden las puertas de la noche.

Cortada he sido de impecables cosas
que me poseen todavía,
he salido sin salir
de la colina y la pradera blanda
del espejo y el confín
de alguna fuente en vano detenida.
No me quitaron la mirada; sólo
el goce de mirar me quitaron de golpe
y la sombra del goce en mitad de la ausencia
tira de mí, despacio dividida.

Era en el meridiano de la violencia cuando
en el corazón del hombre
la noche sólo quiere ocultarse del alba

y el día temeroso de la sombra
paralelo a las tinieblas
sobre rodillas incansables anda.
Y despertar y sueño oponen y prolongan
en el corazón del hombre
las paralelas formas de ansiedad.
Ahora debo seguir
hasta tocar de nuevo la raíz de la ausencia.

Como si me moviera en el contrario punto
de la más ancha rueda de estaciones
ya presiento la sed de la rama inclinada
sobre una misma fuente pequeña y circular,
la sed que el agua nunca sacia y muestra
cuando el verano entero agudiza en relámpagos
la languidez de la redonda hortensia.

Yo ya no puedo ver
el centelleo de la recta hierba
que miro encaramada sobre una roca extraña
o algún cristal ambiguo a veces me devuelve,
gota del agua presa en bloque de amatista.

Me han cercenado de arboledas múltiples
aclimatado a las distancias lúcidas

y sin embargo busco a tientas a lo lejos
sobre las rocas de una apartada colina,
en una noche que ni siquiera es la suya,
busco el color del mar, el color de nube
que algún hilo de oro como el jaspe atraviesa.

TIEMPO DEL MAR

TIEMPO DEL MAR

EL mar se mueve en mí, incesante, tranquilo.
El mar avanza al borde de los ojos desiertos
sin las cosas que amaban. Adonde vuelvo, vuelve
entre olas de azul quemado, como el alba
de mis desastres. Adonde vuelvo vuelve,
y la punta del día con el mar me acaricia.
Aunque mis sueños trenzan sus coronas de abetos
para las fiestas de los que duermen,
no las puedo alcanzar ni me llegan cercanas
mezcladas letanías de brasas y de fuentes...
Con otros ojos sigo las huellas de mi ausencia

y el color de la llama en ateridos bosques
donde los ojos míos ya no quieren mirar.

Sin sueños el desvelo y desvelado el sueño,
adonde llego sólo llega el mar que no duerme,
y su fría embriaguez vela por la apagada
lengua de fuego ardiente en pasados otoños.

TIEMPO DE LA RESINA

TIEMPO DE LA RESINA

I

DELANTE de los pinos
vuelvo al olor de la resina antigua
a su secreta mirra encendida en los labios.
Pero entre la resina que en el aire ya bebo
delante de los pinos,
y el perfume caído en la memoria mía
y nunca derramado, hay un sendero corto.
No lo puede cruzar este presente sueño
por cien sueños de ausencia en vano ya soñado.

Aquí la unión del labio y su lejana hierba
de la resina viva y mi deseo

de sentirla de nuevo, el que apenas cabía
en la encogida noche, la noche sin espacio
para el aire las caras y las hojas.

Ya sigo la resina transverberada y ágil
adonde un sol oculto irradia y quema
inagotable vino, allí bebemos
el olor del follaje fresco y su propia llama
como si caminaran juntos en la raíz
de un pino adolescente.
Avanza la resina confundida
en el viento del mar por ella aligerado,
como una vez el aire de los labios
en aire de otros labios, una vez nada más.

II

Busco el sabor antiguo de las hojas
que cien veces gustado
rodeaba al cuello joven, y tibio como el ámbar
de nuevo sorprendía.

Regreso a la arboleda
y el perfume camina en lugar de mis pasos

y la transporta y la abandona entera
cada vez más secreto, acaso a medianoche
entre las piedras vuelve a encender el silencio.
Lo hallaría en lo oscuro de un pino que no brilla
si estrecharan mi sombra los veranos no vistos
a los cuales llegaba a tientas y sin mí.

Alguien me dejó sola delante de las hojas
como delante de una muerte que no fue mía
y empecé a caminar buscando nuevos nombres
para las mismas hojas.

Si respirara en ellas nuevamente
la inocencia del gozo y la melancolía;
si respirara en ellas
de una violenta vida anticipadas muertes,
me acercaría a la resina viva.

Pero yo estoy de pie
en el sendero corto atravesado
por un tronco marchito como una vieja seda,
sin llegar a las hojas.

TIEMPO DEL PAJARO

TIEMPO DEL PAJARO

POR el pájaro ya sé
que existe un día sin tacha
por el pájaro ya sé
que todavía la mirada
puede llegar hasta el aire...
Ahora vuelvo a la cámara
cerrada igual a los sueños
cuando en ella despertaba
del otro lado del mundo.
Aquí la noche que aguarda
pasiva su propia vuelta,

las tinieblas que no apartan
mis manos ni mi fatiga.
Del lado de la luz ancha
un día de espejos verdes
centelleantes como el agua.
Sólo un pájaro golpea
el muro que los separa
sólo su grito me asombra.

Vino conmigo la cámara,
me persiguieron las cosas
o acaso vine a buscarlas
en la tarde enceguecida
de las conjeturas falsas
y los adioses ficticios.
Ya las cosas preservadas
y difuntas me siguieron.
Conmigo se desplazan
enteras y con su tiempo
en el tiempo mío, exactas.

Sólo el pájaro no vino
y la cámara cerrada
olvidó el tiempo del pájaro
que es tiempo de la mañana

ignoró el tiempo del pájaro
que es tiempo de la alabanza.

Me persiguieron las cosas.
Fidelidad que no basta
por años viajó conmigo
más cruel que la inconstancia
cada noche sufrió muertes
que a las otras se sumaban.

Supe a lo lejos de sedas
como muros resquebrados
y de muros como blandas
sedas apenas abiertos.
Vi doblegada la dalia
y el árbol erguido y seco
cuando en sueños yo apartaba
las guirnaldas de una muerte
que sube y sube callada.

Sin error y sin leyenda
viajó conmigo la cámara
ennegrecidos los oros
brillantes las lisas lacas
para llenar el vacío

con sus nombres y sus fábulas,
vacío de espejos negros
donde un sol fugaz no baila.
De sí mismo aligerado
el oro lento se apaga
en el último reflejo
de la negrura liviana.

Los colores sin objetos
sugieren formas intactas
para el lugar de aridez
donde la pasión cavaba
como un río innumerable.
Por años a la distancia
tranquilo singularmente
el paisaje que me espanta
y semejante a sí mismo.
En la cámara cerrada
he jugado con los monstruos
para que me devoraran
sin prisa, cuando los juegos
de repetidas infancias
para respirar en ellas
ni siquiera me bastaban.

Húmedo reino o apenas
brocal de flor disecada
dueña de esencias durables
para la abeja que labre
las más fieles pesadillas,
mi juventud cara a cara
vio la muerte y era muerta
de estupor. Vuelvo a la cámara,
sólo el pájaro me asombra,
estricta garganta amada
por el árbol taciturno
que devoran las guirnaldas,
como en los sueños de ausencia,
mortales multiplicadas.

Sólo el pájaro me asombra.
Breve el grito que salta,
ligera súbita lluvia,
sobre la desierta rama
y es un grito de alegría.
Si el pájaro me alcanzara
su grito como si fuera
una mano apresurada,
caminaría hacia el canto.

EN UN PAIS DE LA MEMORIA

EN UN PAIS DE LA MEMORIA

EN UN PAIS DE LA MEMORIA

I think the chief reason we have so little joy is that we take ourselves, too seriously.

THOMAS MERTON.

I

EN un país de la memoria
por años y años yo erraba sin salir
en un país de la memoria
escondido país, con rigor yo viví.

Y si llegaba a la salida
alguien de nuevo me hacía entrar
en un país de la memoria
que era país de la ansiedad.

Por un tiempo más largo que el de la juventud
conocí los dominios de entrar y de salir

de aquel país de la memoria
sometido a la ausencia, memorable país.

Mano de brujo apenas era mano embrujada
y sin cesar trazaba el anillo de humo
estrecho y justo alrededor
de aquel país en vano abierto a los países.

Aquel país surcado de infatigables ríos
que ningún mar devoraba,
sólo el mar de la ausencia para siempre
extendido entre mis ojos
y el mar de la espuma y el mar de la hierba.

II

Andaba por los países
atenta a seres y objetos
y un signo que yo entendía
me señalaba de nuevo
el camino conocido
camino breve del tiempo.

Un instante bastaba a la segura vuelta
un instante bastaba a matar el espacio:
seres y objetos iban conmigo
adonde sólo llega el repetido sueño.

Un signo aparecía
entre las hojas de la arboleda
entre los labios de las estatuas,
ceñidas hojas, cerrados labios...
Despertaban en mí las ciudades dormidas
en una noche crecían pueblos
de arboledas y estatuas semejantes a aquéllas
amadas en el día, cruelmente cercanas.
Y yo salí del árbol y la estatua
en busca de las vías de semejanza ambigua:
entre incisivas gracias similares
seguramente iba
hacia el país de la memoria
todo cabía en él.
Sólo el reposo era ignorado
y entraba la alegría
como la sombra entra en el muro
y lo bello era bello en medio del temblor.

III

Desaparece ahora el anillo de humo
sobre el mar de la ausencia alargado en mis ojos
y he de salir de la memoria,
camino lento que serpentea
cuando no miro atrás ni tampoco adelante
y de soslayo veo las cosas
como si fueran otras.

Por vez primera libre y sin país alguno
adonde pueda volver
en una misma noche entro, sin distinguir
su ligereza y su peso.

No sirven las palabras que en otra vida acaban.
En el amanecer de una tercera vida,
las cosas se retiran de sus nombres,
desencontradas van por tranquilos lugares
apenas lisos y resbaladizos.

Dilatado el espacio
entre el dolor y la alegría
con extrañeza voy al encuentro
de las cosas que amaba.

He de salir de la antigua memoria
extranjera a los climas que no fueron sus climas,
sin tiempo para los nuevos recuerdos.

Un canto llega a mi boca,
como si nunca hubiese sido mío,
escucho sin hablar y alguna vez lo sigo.

SALMO DE LA NOCHE

SALMO DE LA NOCHE

AQUI la noche jadeante y baja. La que se muere y no habla. Aquí la noche aferrada a la ceniza de la nieve. En las ciudades prisioneras.

Hay que tocar la propia diestra para saber el camino del agua. Y sólo el agua divide el bosque negro de la ciudad inmóvil y vendada que un encaje olvidado de luna serpentea.

Aquí la noche que no duerme. Y solamente encierra. Casi sin albas la de mañanas tardías. Risa de colegiales

corta un instante el frío. Hasta que pasa en ella un silbido. Como a través del vuelo de las palomas condenadas.

Sólo la noche se inclina a desiertos parapetos. Un temblor de siglos gira en las veletas agitadas por el cierzo. Y prolonga la voz de los tambores ensordecidos.

Saltan sobre la nieve los centinelas como los osos cautivos.

En su prisión la bella aprende por vez primera a caminar en las tinieblas. Y todavía nadie espera nada.

Mayo, 1941.

ESTATUAS

ESTATUAS

"Jardín de Bourges"

AL principio soñé que soñaría con algún ángel. Tarde, los sueños de los jóvenes vivos fueron mis sueños. Y bruscamente me abandonaron.

Luego soñé con los sueños salidos de las bocas de piedra de las estatuas. Las góticas criaturas siempre de pie en las estrechas casas de sus pórticos. Talladas por las manos que no mueren. Nombre de amor seguro para las manos que no tienen nombre.

El alto objeto de sus sonrisas persigo en ellas.

Púdicas reinas de trenzas como la trama de sus claros años. Y en un hueco de piedra reconocemos los raros hechos que las tapicerías en fila nos enseñan.

Doncellas de la ley. Orden y señorío de la Escritura. Y las de fría llama ya para siempre ardientes bajo los techos ojivales de sus abiertas casas.

En sus bocas el fuego, como el aire en los pliegues de sus mantos por mil años detenido.

Y las otras apenas como estatuas de estatuas.

En otro tiempo la Dama bajó de Chartres para dejar su retrato. Las otras la acompañan junto a la sacristía. En un boscaje oscuro que recoge el polvo de los altares abandonados.

Sobre una vieja tierra, como olvidadas. Entre laureles húmedos la lluvia detenida por el más largo otoño.

Y entre soldados en bicicleta los grandes hongos redondos inclinados por la niebla, las cabezas cubiertas de enlutadas señoras. Desde el principio quietamente juntas. Llenas de pausas como la lluvia.

Y las otras apenas como estatuas de estatuas.

Sobre una vieja tierra. Hechas para estar de pie yacentes, dóciles. Y rectas como un árbol las reclinadas formas. Con sus sonrisas que nunca duermen. Sobre una vieja tierra entre dos lluvias.

Bajo la frente cuando me pierdo. Vuelvo a buscar en ellas el alto objeto de sus sonrisas siempre encendidas.

CABALLOS

CABALLOS

ELLOS corrían estrechamente. Sobre la arena más liviana que la tierra. Y más pesada que el aire. Cuando del otro lado estaba el mar. Y medían sus pasos las grandes olas inflexibles. Y los espacios de sus silencios, exactamente medían.

Cuando la hierba sobre la arena nace. Como una flor del agua, traza su campo donde la otra lleva la sal. Y sus silencios entrecruzados bajo la lluvia resbalan entre los cascos de los caballos.

La joven noche que una misma avidez deslumbra y ciega. Despierta y sonríe al paso de los caballos. Sobre una delicada arena. Amazona de rígidos guantes de fieltro, hace una señal y en silencio los guía. A la señal reconocemos la misma suave distante mano que rozaba la cara en las tinieblas. La joven noche que amó la hierba y la estrella. Con su amor que todo lo que vive y muere en el semblante de un solo amado vanamente reunía. Alguien que buscaba un mismo brillo. A través de los reflejos, entre los bosques macizos. En las lagunas breves de los pastos.

Entre la vela y el sueño. Son caballos del mar. Andan sus pasos sin fronteras. Ondulan en el sueño sus crenchas apretadas por el más largo viento de la noche. El que camina hacia un mismo punto. Por el ligero, el insistente ritmo socavada la sombra. Sin más tambores que los tambores de sus cascos. Aletargados sobre la arena.

Agilmente atraviesan los círculos del sueño. Y son caballos del aire. Andan sin tregua y sin fatiga, livianamente. A lo largo de la noche. Desaparece el sonido. En un puro movimiento. Y sólo el ritmo entra en el

sueño. Como el aire al azar toca la piel de los tambores enmudecidos.

Y sin reposo sé que he de volver a la primera arena. Y vanamente he de explorar la noche apenas entreabierta. En busca del camino de sus pasos. Siento que se mueven. Entran en el sueño. Y son caballos del aire.

EN ESTOS REINOS DEL AGUA

EN ESTOS REINOS DEL AGUA

POR años hemos buscado
este reposo del agua
sola sin mar y sin río
entre las antiguas piedras
solitario remo basta
para las vías seguras
por los siglos ya cruzadas.

Giran sin cesar las ruedas
y en silencio se desplaza
el reflejo de la llama
por una sombra insistente
no vencida, atravesada.

Las tiesas caras de oro
despacio se regocijan
cuando a sus labios alcanza
la justa forma del cántico.
Reinas en islas de lámparas
y lámparas de las islas
en blando fuego ofrendadas,
las inmóviles se mueven
entre la paciente llama
y su sonrisa buscamos
en las piedras y en el agua.

Disperso el jardín del aire
de las islas almendradas
los boscajes son de piedra
entre columpios se mueven
y en todas las ruedas bailan,
sobre espejos como setos
se reúnen en guirnaldas
las apartadas corolas
y las gemas inmediatas.
Ya reunidas en el agua
como de la muerte surgen,
resplandecen y se apagan.

La ciudad antigua vuelve
un instante, empavesada
en los órficos tapices
que bajan de las ventanas
de sus cuadros, y las manos
sobre tapices se alargan
para ver pasar el mundo
que avanza en medio del agua.
A la embriaguez del color
se inclinan deseosas caras.

La ciudad antigua vuelve
ella las piedras enguanta,
húmedo el raso, de musgo
y granates recamadas.
Ya sin faustos ni elegías
sola y de pie vuelve, avanza
paso a paso verdinegra
cuando la sola luz blanda
enmascara los semblantes
y apenas triste es la gracia.

Cadencia humana que vuelve,
incesante y mesurada
en cada puente se eleva

y cada puente nos habla
de una ciudad para el hombre.
Reza en cada templo el ansia
de salir y de salir
de sí mismo, reza y canta
al borde de cada fuente
duerme la fatiga larga
del hombre a causa del hombre.

Llega el salmo a la exaltada
presencia del cinamomo
se alegra la faz beata
muda de todas maneras
como ninguna presente.
Bajan y suben las lámparas
a una señal de su boca,
y la sonrisa esbozada
encontramos en el aire
cuando las otras se apagan.

Plácidamente se miran
en estos reinos del agua
lo transparente y lo oscuro.
Se tocan con la mirada.

Venecia, en octubre.

LAS CAMPANAS

LAS CAMPANAS

LLEGO al lugar habitado
por impecables campanas
llego en la gloria del día
sin saber que ellas estaban.

Llama en el aire su voz
y despierta al agua hermana,
ella cederá el espacio
para la voz que se alarga
de las torres a las islas,
clara la sonora senda

entre las sendas calladas
sigue junto a las estrías
de la luz y se separa
hermana en lo transparente
del agua tornasolada.

Nunca perdida la voz
sin eco navega y anda,
de las torres a las islas
exactamente nos llama.

En la alegría el convenio
de la voz de las campanas
con el agua y con el aire
o el aire dentro del agua
y allí los pasos hallamos,
su ligereza y sus pausas.

En la alegría el convenio
del silencio y las campanas
dueñas del propio camino
en el esplendor del agua.

Venecia, en octubre.

EPILOGO

LABERINTO

LABERINTO

I

AQUI el poema largo interrumpido siempre
y varias veces terminado
poema escrito por una que yo no soy.
Sé que la encuentro en la mitad,
sin final ni principio. Pero ya no la busco
sólo busco el poema para empezar de nuevo.

Busco el instante en que se traba
su mano con la mía
en el modo de asir el interior del agua
y el reflejo de algún árbol que no es el mismo,

de tocar un objeto a la distancia,
otro el objeto o la distancia es otra.
Busco el instante en que se cruzan
su mirada y la mía
en el color del mar que siempre es nuevo.

Por un instante el ritmo
en la extrañeza familiar avanza
y reconozco un movimiento fiel
en la cara que ignoro.
Con el sueño soñado un instante me encuentro
en algún sueño interrumpido,
por azar entro y sigo hacia otro despertar.

Con otra voz hablo al mismo durmiente,
eco de la suya se vuelve la mía.
Aunque en otro tiempo habló rudamente
mi voz y él, despacio, la contradecía.

Me asombra mi furor,
los puños recios para golpear en el vacío.
Otra la miel, otra la sal
las mismas olas cambian
y la resina enciende un más secreto fuego.

Sin más historia que el poema
entro bruscamente en la historia mía.
El ritmo se quiebra y ya sigo a ciegas,
sólo fechas mágicas en lo oscuro brillan
entre palabras extranjeras.

II

La sombra de Ariana.

Ya la sombra de Ariana, un instante guiada
por el partido hilo de la memoria, llega
al viejo laberinto del poema
nunca a la entrada o la salida.

Sólo recuerda el muro arborescente,
algún punto se mueve hacia el centro del muro,
sabe que lo ha mirado largamente de pie
como si nunca hubiera ningún otro.
Adonde antes corría con los ojos cerrados
Ariana titubea, ha de saber que supo
del camino sinuoso y sin embargo exacto.
Donde ve las estrías como en el agua quieta

del muro humedecido, en otro tiempo
la angustia y la alegría trazaban líneas juntas.

Sólo encuentra una frase.
Cuando el itinerario del laberinto pierde
no sabe si es aquélla que impulsaba sus pasos
o aquélla que seguía.
Imperiosa ordenada en mitad de la fiebre
en el frío anulada obedece a las otras.

Entre noche y día nuevamente vuelve
a orillas de una rosa ya cansada.
Ve los indecisos ríos de colores
del punto morado al pálido punto.
Ve el borde, el repliegue colorado y el dédalo
donde cada rosa un color elige.
Vuelve a ver las rosas, nunca más la rosa,
la imprevista, allí los colores viven
y todas las rosas un instante crecen.

Era acosada por las cosas
súbitas, duras, vaporosas.
Se defendía con los ritos

de la palabra con sus gritos
y sus rupturas. Por el ansia
y la efusión de la constancia
el crepitar de la vehemencia
al agua de la complacencia.
Y las cercaba en el amor
o las cercaba en el horror.

No era la cosa sino un movimiento,
parpadeaba en el aire de los ojos
y entraba luego para no salir.

Aunque el sonido se disperse
ardía la dulzura,
aquélla misma que gotea
al borde de una música
desvanecida, la más lenta,
y todavía se insinúa
oh, sola y duradera
así pasaba entre los címbalos
nunca rendida por la fuerza
de los acordes sucesivos.
Perdura la más lenta
ha de llegar hasta el olvido.

Sin tregua Ariana daba al ser del laberinto
el esplendor de las vivientes cosas
devoradoras, devoradas
para morir o hacer morir.
Criaturas y cosas llevaba al interior
para salir de nuevo a buscarlas afuera.

Ariana sabe ahora que ninguno moría.
Entre inmortales eran las escenas;
simulacros de muerte lograba el arduo juego.
Nunca acabado el ser del laberinto
jamás concluía las cosas.
Una vez mal herido parecía morir
pero se prolongaba vivo en el adversario.
Más que el poder del laberinto
Ariana amaba al que llevó consigo
cerca del día, en sueños, contra la faz del muro.
A solas despertó buscando el hilo en vano.

Ya lo incesante sale de las cosas.
En el poema antiguo ahora se desplazan
ligeramente para reunirse en una sola
inopinada y densa. Por ella sabe Ariana
que fuera leve el peso de la diversidad.

Sólo señales de las cosas
en el trazado del poema.
Otra la faz, otra la forma
y lo que puso ya no encuentra.

Ha de saber el nombre
de la arboleda, el prado, el mar distante,
si recuerda una hoja exacta, algunas briznas
como las viera un día.

O la concisa luz que tornasola
en el vacío de la ausente ola
y sin cesar reforma su corola.

Se apoya en una hoja entre las altas hierbas
tantas y tantas veces llevadas a lo oscuro,
busca en las desiguales lisas blandas o acerbas
puestas juntas, hundidas en el centro del muro.
Descansa en una sola hoja para empezar,
y sin pausas llevarla a algún nuevo lugar...
Ahí, con otros ojos ver el color del mar.

Sin tregua Ariana daba al ser del laberinto
el esplendor de las vivientes cosas
devoradoras, devoradas
para morir o hacer morir.
Criaturas y cosas llevaba al interior
para salir de nuevo a buscarlas afuera.

Ariana sabe ahora que ninguno moría.
Entre inmortales eran las escenas;
simulacros de muerte lograba el arduo juego.
Nunca acabado el ser del laberinto
jamás concluía las cosas.
Una vez mal herido parecía morir
pero se prolongaba vivo en el adversario.
Más que el poder del laberinto
Ariana amaba al que llevó consigo
cerca del día, en sueños, contra la faz del muro.
A solas despertó buscando el hilo en vano.

Ya lo incesante sale de las cosas.
En el poema antiguo ahora se desplazan
ligeramente para reunirse en una sola
inopinada y densa. Por ella sabe Ariana
que fuera leve el peso de la diversidad.

Sólo señales de las cosas
en el trazado del poema.
Otra la faz, otra la forma
y lo que puso ya no encuentra.

Ha de saber el nombre
de la arboleda, el prado, el mar distante,
si recuerda una hoja exacta, algunas briznas
como las viera un día.

O la concisa luz que tornasola
en el vacío de la ausente ola
y sin cesar reforma su corola.

Se apoya en una hoja entre las altas hierbas
tantas y tantas veces llevadas a lo oscuro,
busca en las desiguales lisas blandas o acerbas
puestas juntas, hundidas en el centro del muro.
Descansa en una sola hoja para empezar,
y sin pausas llevarla a algún nuevo lugar...
Ahí, con otros ojos ver el color del mar.

VINO PARA LOS OJOS

COPIA FACSIMILAR

"Vino para los Ojos" es el último
e inacabado poema de Susana Soca.

Vino para los ojos a Pasternak).
Volando bajo sobre un paisaje ruso"
En otro tiempo ardía algún furor callado
en el más breve fuego de los ojos
me llevaba sin tregua a las cosas ajenas
súbitas familiares desconocidas íntimas.
Amor o vehemencia
puesta en mirar las cosas imprevistas
perderme para hallarlas
buscarme luego para no perderlas.

En el tranquilo el amplio resplandor ~~del aire~~
del aire, la alegría saliendo de las cosas
discreta como el agua que sale de las hierbas
y un instante separa ~~el árbol presen~~tido
el árbol presentido y el árbol recordado

Un severo paisaje adivinado casi,
busca lugar en mí yo cedo con dolor
algún espacio que se reducía.
Así metida en mí la señal del abeto
que los cuatro abedules imperiosos rodeaban

Segura forma de la nieve ausente
al abeto rodea y se evade en el aire
la cabellera vegetal y antigua,
se acerca y diestramente se retira
sin entrar en la esbelta casa del abedul.

Hoy ~~Ya~~ la afilada guirnalda me guía
la aguda crencha perpendicular
que lleva el nombre de cuatro estaciones
y rectamente se alarga en el aire.

Más lejos otro claro
y uno es el abedul ~~que~~ y cuatro los abetos
estirados vigilan sin esconder la piel.
~~La piel~~ del abedul desnudo, ya pronto para entrar
en la cercana estatua de la nieve
poderoso en lo blanco y su color
el color de la luna que precede a la nieve.
Estatua de sí mismo el abedul
casi sin ramas ya para las hojas

dormidas a lo lejos en el sueño
de algún verano refulgente y breve.

Aquí he llegado a oír.
Ciudad del alto viento para los ojos
y entre la sangre y la mirada brilla.
En la violencia de las cosas vuelve
esta violencia mía por años escondida
detrás de los espejos en otro tiempo ardientes,
por años encerrada en un poema antiguo.
Hoy la encuentro en el aire
en el deseo de estrechar el árbol
o de entreabrir la piel de un adobal.

VINO PARA LOS OJOS

"VOLANDO BAJO SOBRE UN PAISAJE RUSO"

a Pasternak.

En otro tiempo ardía algún furor callado
en el más breve fuego de los ojos
me llevaba sin tregua a las cosas ajenas
súbitas familiares desconocidas íntimas.
Amor o vehemencia
puesta en mirar las cosas imprevistas
perderme para hallarlas
buscarme luego para no perderlas.

En el tranquilo el amplio resplandor
del aire, la alegría saliendo de las cosas

discreta como el agua que sale de las hierbas
y un instante separa
el árbol presentido y el árbol recordado.

Un severo paisaje adivinado casi,
busca lugar en mí, yo cedo con dolor
algún espacio que se reducía.
Así metida en mí la señal del abeto
que los cuatro abedules imperiosos rodeaban.

Segura forma de la nieve ausente
al abeto rodea y se evade en el aire
la cabellera vegetal y antigua,
se acerca y diestramente se retira
sin entrar en la esbelta casa del abedul.

Hoy la afilada guirnalda me guía
la aguda crencha perpendicular
que lleva el nombre de cuatro estaciones
y rectamente se alarga en el aire.

Más lejos otro claro
y uno es el abedul y cuatro los abetos
estirados vigilan sin esconder la piel

del abedul desnudo, ya pronto para entrar
en la cercana estatua de la nieve
poderoso en lo blanco y su color
el color de la luna que precede a la nieve.
Estatua de sí mismo el abedul
casi sin ramas ya para las hojas
dormidas a lo lejos en el sueño
de algún verano refulgente y breve.

Aquí he llegado y sigo.
Olvidada del alto vino para los ojos
y entre la sangre y la mirada brilla.
En la violencia de las cosas vuelve
esta violencia mía por años escondida
detrás de los espejos en otro tiempo ardientes
por años encerrada en un poema antiguo.
Hoy la encuentro en el aire
en el deseo de estrechar el árbol
o de entreabrir la piel de un abedul.

INDICE

PAG.

REVISION 7

JARDINES HUMEDOS

ROSA DE TODOS 17
LUGAR DE DALIA 27
OTOÑO MI JARDIN 35

TIEMPO DE VOLVER

BUSCO EL COLOR DEL MAR 41
TIEMPO DEL MAR 47
TIEMPO DE LA RESINA 51
TIEMPO DEL PAJARO 57

EN UN PAIS DE LA MEMORIA

EN UN PAIS DE LA MEMORIA 67
SALMO DE LA NOCHE 75
ESTATUAS 79
CABALLOS 85
EN ESTOS REINOS DEL AGUA 91
LAS CAMPANAS 97

EPILOGO

LABERINTO 103
COPIA FACSIMILAR DE "VINO PARA LOS OJOS" 113
VINO PARA LOS OJOS 119

SE TERMINO DE IMPRIMIR EN LA PRIMERA QUINCENA DE DICIEMBRE DE 1959, EN LOS TALLERES GRAFICOS DE IMPRESORA URUGUAYA S. A. JUNCAL 1511, MONTEVIDEO (URUGUAY). ESTA PRIMERA EDICION CONSTA DE MIL EJEMPLARES; DOSCIENTOS EN PAPEL TIPO "JOHANNOT", CON NUMERACION ROMANA DE I A CC Y OCHOCIENTOS EN PAPEL PLUMA MARTILLADO, NUMERADOS DE 1 A 800.

EL PRESENTE EJEMPLAR
LLEVA EL NUMERO

756